LA CABELLERA FEMENINA

UN DIÁLOGO ENTRE POESÍA Y PINTURA

ERIKA BORNAY

LA CABELLERA FEMENINA

UN DIÁLOGO ENTRE POESÍA Y PINTURA

Grandes Temas
CÁTEDRA

1.ª edición, 2021

Ilustración de cubierta: Frederic Leighton, *Sol ardiente de junio,* 1895,
Museo de Arte de Ponce, Ponce (Puerto Rico).
© VCG Wilson/Corbis/Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las
correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para
quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística
o científica, o su transformación, interpretación o ejecución
artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada
a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

© Erika Bornay, 2021
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 21.748-2021
I.S.B.N.: 978-84-376-4329-8
Printed in Spain

A Manel, mi hermano

Agradecimientos

Con estas líneas deseo hacer constar mi sincera gratitud a varios colegas y amigos que me han facilitado información y proporcionado sugerencias sobre el tema de que trata este libro, especialmente los profesores José Milicua, Rosa Vives y Mercedes Valdivieso. También pienso, al respecto, en la gentileza de Mercé Romaní y Danielle Farnoux. Y, desde luego, agradecer una vez más la colaboración y paciencia de mi esposo Raimón Cuxart.

E. B.

Estos mis cabellos, madre,
de dos a dos me los lleva el aire.
No sé qué pendencia es esta
del aire con mis cabellos
o si enamorado de ellos
les hace regalo y fiesta;
de tal suerte los molesta
que, cogidos al desaire,
de dos a dos me los lleva el aire.

Cancionero anónimo

J. Renoir, *Bañista, ca.* 1903, Österreichische Galerie Belvedere, Viena.

Prólogo

La espléndida reedición del libro *La cabellera femenina: un diálogo entre poesía y pintura* de la editorial Cátedra permite recuperar el bello retrato de las narrativas plásticas y poéticas sobre la cabellera femenina que la historiadora del arte Erika Bornay publicó por primera vez en 1994 en la misma editorial. Pionera en indagar en la cabellera como representativa de la feminidad en el arte, su atención al panorama artístico y poético establece puentes entre la cabellera como corona de la feminidad y los mitos, valores y creencias que la rodean, en un dilatado recorrido de siglos de pinturas, de textos y de poesía. La primera edición del libro fue una gran aportación a la historia del arte al explorar la cabellera como dispositivo central del universo femenino. En la actualidad, conserva resonancias contemporáneas sobre prácticas artísticas claves para una relectura del significado de la moda de la cabellera de las jóvenes del siglo XXI o de las estéticas actuales de Instagram.

El diálogo entre la creación visual y poética y el texto aclarador aporta secuencias de gran esplendor pictórico y poético que nos revelan obras maestras con miradas brillantes y contrastadas al iluminar la diversidad de interpretaciones y la fascinación masculina por las trenzas de oro. La reproducción en color de esta nueva edición aporta mayor luminosidad a las escenificaciones y composiciones pictóricas que realza la hermosura y textura, a la vez que favorece la facultad explicativa del lector/a.

Deslumbran las magníficas pinturas que revelan la sublimación de la cabellera tanto en su impugnación como en su evoca-

ción como objeto de deseo, de atracción sexual o de fusión con la natura. En efecto, la autora considera la cabellera como atributo femenino sujeto a diversas lecturas y posicionamientos. Como agente fetichista, la sensualidad esplendorosa y erótica de la cabellera adquiere cualidades divergentes de expresión de feminidad desde las aterradoras víboras de la cabellera de la Medusa de Caravaggio, la letal *femme fatale* de Salomé de Munch, las representaciones de signo religioso de María Magdalena de Murillo, Ribera y Tiziano, la autorrepresentación desafiante de Frida Kahlo o la iconografía floral de las cascadas de cabellera que se funden con la naturaleza del agua y de las plantas en las obras de De Feure.

Resulta evidente el gran valor de la espléndida recopilación de Bornay al reunir 124 imágenes, intercaladas con fragmentos de poesía y reflexiones, que contextualizan la cabellera como vehículo de múltiples interpretaciones. Hoy en día, los museos virtuales y el acceso digital directo permiten conocer con gran facilidad las colecciones del mundo del arte y de la cultura, pero, hace 27 años, estos recursos no estaban a disposición de la autora. El conocimiento del arte y la investigación meticulosa eran las herramientas que le permitieron reunir esta ambiciosa selección de pinturas, poesías y textos, que cubren varios siglos y numerosos países. Asimismo, el gran acierto de descripción de la cabellera femenina en el marco de la producción artística y de su contextualización histórica ha conjuntado una sugerente perspectiva que nos acerca a retratos y representaciones que iluminan la extraordinaria consagración de los artistas a la cabellera en una esplendorosa diversidad de registros.

La cabellera femenina aporta un repertorio artístico con abordajes pictóricos e interpretaciones simbólicas de gran riqueza. Su propuesta incluye consagrados artistas como Murillo, Ribera, Tiziano, Rubens, Beardsley, Rossetti, Klimt, Frida Kahlo o Munch, entre otros, cuyas manifestaciones pictóricas de la melena femenina encarnan parámetros narrativos confrontados. De manera acertada, el libro acompaña la poética pictórica con la textual de poemas que recrean la cabellera. Pone en relación la pintura y la poesía al hilo de la fascinación compartida que se refleja en los versos de poetas como John Keats, Quevedo, San Juan de la Cruz, Blas de Otero, Rilke, Machado o García Lorca,

entre otros. Ambas aproximaciones se embellecen mutuamente desde una interseccionalidad literaria y artística que entroniza la cabellera.

La pintura de la cabellera femenina es obra de los pintores, ya que apenas hay retratos del pincel de una artista que refleje una mirada en clave femenina. Desde esta ausencia de pintoras, obtiene un gran relieve la figura transgresora de Frida Kahlo, quien, junto a Evelyn de Morgan, es la excepcional pintora presente en este universo pictórico masculino. Los poderosos autorretratos de la artista mexicana permiten abrir alguna fisura en la narrativa misógina de muchas de las obras pictóricas. Muestran su poder feminista provocador al manejar su cabellera como arma que interpela directamente. Reafirman su voluntad narrativa propia frente a las convencionales lecturas de género de la cabellera o de su pérdida como castración. Asimismo, la evidencia intimidante de la cabellera negra que encarna Kahlo, presente también en las obras de Nolde, Munch o Klimt, confronta las narraciones valorativas de la cabellera áurea o ígnea que Bornay examina.

Sin embargo, el conjunto de las obras artísticas y poéticas enaltece la cabellera desde una mirada hechizada que construye la feminidad desde una óptica masculina que, desde los avances interpretativos del siglo XXI, articula de manera solapada la cosmovisión misógina del momento.

El primer apartado del libro conlleva una lectura que enlaza con la figura de Kahlo al resignificar la melena en términos de poder o anhelo femenino. Al presentar las narrativas pictóricas de algunas figuras míticas identificadas por su relación con la cabellera, subyace su empoderamiento como sujetos activos, ya que son ellas las que se aprovechan de su melena para conseguir propósitos claros, más allá de una mirada masculina que la cosifica como objeto de deseo. Al hilo de las escenificaciones de la cabellera en los mitos antiguos, emerge otro significado implícito a partir de la mitología griega con la temible Medusa, la egipcia Berenice que corta su melena, la heroína inglesa lady Godiva a caballo que cubre su desnudez con su amplia cabellera, la enamorada Isabella evocada en la poesía de Keats o las figuras míticas religiosas de María Magdalena y María Egipciaca. De este modo, la relectura de algunas narrativas pictóricas y textuales atisba la

fuerza de la melena como símbolo de poder y de activa subjetividad femenina.

Sobresale, sin embargo, una mirada alterizante misógina en la creación artística y poética de la cabellera suntuosa. Tanto poetas como artistas revelan el arrebato masculino que lo conecta con la máxima expresión de una feminidad seductora. Cosificada como objeto de atracción sexual, adulación, encanto o de pecado, la cabellera alcanza una vida propia más allá del cuerpo o de la inteligencia de las mujeres presentes en las pinturas o los poemas. La fusión de la melena con el cuerpo deja escaso espacio para la mente y la autonomía femeninas. Predomina una narración recurrente de mito sensual, perturbador o pecaminoso. Tal como señala Bornay, la cabellera opulenta se evoca como símbolo de fuerza vital en registros que alternan desde la atracción sexual, la fertilidad, la abundancia o la manifestación energética. En todo caso, se trata de un dispositivo que cautiva a los hombres y alcanza una amplia lectura alegórica. Considerada como adorno seductor irresistible, se convierte en objeto de conquista imaginada. La cabellera encapsula una representación misógina de la feminidad a partir de una alteridad icónica y erótica que margina la corporalidad y la mente al centrarse en la melena como elemento sustancial de la identidad femenina. Esta contraposición discursiva niega subjetividad propia a las figuras representadas y, a la vez, las consagra como objeto de deseo, galantería y de conquista o, desde otros parámetros, se convierte en objeto de censura eclesiástica y moral, castigada con una obligada penitencia por su inherente poder seductor pecaminoso.

Codificada como objeto de culto masculino, las hermosas pinturas muestran toda una gama de performatividad de la cabellera, su poder seductor, su desvelo como juego erótico o su presencia como umbral del pecado, de la vida, de la muerte o de la naturaleza. Las escenas de mujeres con melena evocan fragancias, colores, erotismo, naturaleza o paisajes señalados por la autora en las secuencias del libro. Como recurso mutable, algunas representaciones de extraordinaria belleza muestran mujeres imbuidas en la vegetación, la naturaleza, el agua, con sus melenas trenzadas e interconectadas con el medio natural. Sin embargo, en cuanto personas, pierden su identidad y se fusionan con el entorno de la

naturaleza o del mundo acuático convirtiéndose en tapices vegetales o cuadros florales. Pese al atractivo de las pinturas, esta naturalización subyacente disimula su deshumanización. La inanición de las mujeres, retratadas en clave de Ofelia o de ninfas, enfunda un desapego de la persona que se subsume en la naturaleza, desvestida de humanidad propia.

La cabellera femenina nos introduce en las diversas modalidades del arte de seducción femenina y el lenguaje estético de los artistas muestra su transformación y significado cambiantes. El recorrido presenta una riqueza de ámbitos y prácticas en propuestas vinculadas con el universo de la cabellera femenina y la articulación de una cosmovisión estética masculina. La contemplación de las obras y la lectura del libro reafirman la belleza que expone, deleite de los ojos, pero a la vez incentiva nuevos interrogantes y narrativas estéticas relevantes en la actualidad.

Mary Nash
Caldes de Malavella, agosto de 2021

Introducción

En crespa tempestad del oro undoso,
nada golfos de luz ardiente y pura
mi corazón, sediento de hermosura,
si el cabello deslazas generoso.

QUEVEDO

Desde aquella cabellera «como manada de cabras y cabritos que gozosos / del monte Galaad vienen bajando», del *Cantar de los Cantares* (4:1)[1], al «oro undoso» quevediano, metáfora poética del pelo rubio y ondulado que aureola la hermosura de una bella, hasta los cabellos de un *noir sinistre* de la *Carmen* de Gautier[2], la melena femenina como constante de mito, como agente fetichista, incitador de secretas imágenes en la imaginación del varón, ha motivado secularmente infinidad de narraciones orales, escritas y plásticas. Elemento de enorme capacidad perturbadora en los mitos eróticos de la sociedad masculina, la cabellera opulenta de la mujer simboliza primordialmente la fuerza vital, primigenia (en Baudelaire asume un valor de río o mar), y la atracción sexual. Havelock Ellis afirma que el cabello es, generalmente, la parte del cuerpo femenino a la que se presta más atención después de los ojos[3], y más recientemente, otro estudioso inglés, el psicoanalista Charles Berg, ha señalado que su poder fetichista ha sido en muchos hombres un factor

[1] Según la versión de Fray Luis de León, traducida directamente del hebreo. *Poesías,* edición del padre Ángel Custodio Vega, Barcelona, Planeta, 1980.

[2] En *Oeuvres complètes,* Ginebra, Slatkin Reprints, 1978, pág. 157 (1.ª ed., 1852).

[3] *Psicología de los sexos,* Barcelona, Iberia, 1965, pág. 178 (1.ª ed., 1898-1928).

determinante en su proceso de selección sexual[4], afirmando que la atracción por el cabello está relacionada con el desplazamiento que el subconsciente realiza del pelo púbico al pelo de la cabeza.

Sin embargo, o tal vez a causa de ello, la exhibición de esta «corona real de la femineidad», como la calificaría Paracelso, ha encontrado condenas y restricciones morales y religiosas en muchos periodos de la historia. Remitiéndonos a los orígenes del cristianismo, se observa cómo ya en los textos paulinos el apóstol afirma en una de sus epístolas que «la mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza» (I Cor. 11:5). En otra epístola, San Pablo exhorta a que las mujeres oren con recato y pudor, evitando aparecer «inmodestamente con los cabellos rizados o ensortijados» (I Tim. 11:9).

El velo estaba relacionado con la creencia antigua que asimilaba la cabellera femenina descubierta a una cierta forma de desnudez, y San Pablo daba mucha importancia a su uso. Judío de nacimiento y, sobre todo, de formación, a través de él se afirma la tradición hebraica, muy discriminatoria contra la mujer. (A este respecto, el mensaje de Jesús aparece mucho más liberador. Recordemos cómo este acepta complacido que María Magdalena le lave sus pies con ungüentos y los seque con su larga cabellera)[5].

Es conocido, por otra parte, el destacado protagonismo que el cabello tiene en los rituales iniciáticos de la pubertad en muchas tribus y civilizaciones del pasado. En la tradición religiosa judía, en el Talmud, se asegura que una joven está en disposición de casarse cuando le aparecen tres pelos en la región púbica y tres en la región axilar. Y en la Antigüedad clásica, muchas doncellas antes de contraer matrimonio hacían donación de sus trenzas a Atenea y a otras diosas.

El pelo, su adorno, no solo ha sido vehículo de simbologías sociales, sino que, cuando por sus cualidades alcanza la categoría de bello, ha motivado e inspirado a multitud de poetas, literatos y pintores. Desde Ovidio al caballero Brantôme hasta los modernistas, su glosa ha sido una constante en los campos de la sensibilidad artística.

---

[4] *The unconscious significance of Hair,* Londres, George Allen & Unwin, 1951, pág. 67. Tesis previamente desarrollada por R. von Krafft-Ebing en su monumental estudio *Psychopathia Sexualis,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1965, pág. 49 (1.ª ed., 1886), en el que afirma que el cabello es uno de los fetiches sexuales más comunes en el hombre.

[5] San Lucas 7:37-50.

Escenificaciones

[1] Caravaggio, *Medusa,* 1597, Galería de los Uffizi, Florencia.

Medusa

It is the tempestuous loveliness of terror...

Shelley
(fragmento de un soneto dedicado
a una imagen de Medusa)

Sin duda, la cabellera más famosa, la más convulsa de la historia, es la de Medusa, una de las hermanas Gorgonas.

Una versión tardía de este mito nos sugiere sobre todo una historia de amor y celos. Medusa, una ninfa de gran belleza, inspiradora de grandes pasiones, pero «enamorada sobre todo de sus cabellos»[6], se deja seducir por Poseidón y se une a él en el mismo templo de la diosa Palas Atenea, quien, enfurecida, la castigará cruelmente. Como en la cabellera de Medusa residía su mayor atractivo, Atenea, envidiosa, transmuta sus undosos bucles en sinuosas y agresivas víboras; le alarga la lengua, le afila los dientes a la manera de un jabalí y convierte su hermosa mirada en una atroz que, inevitablemente, transforma en piedra a los hombres que la miran. Aquel monstruo asesino que es ahora la desdichada Medusa será finalmente vencido por la astucia de Perseo, quien, con la ayuda de un escudo reluciente, a modo de espejo, y evitando sus ojos, la obliga a mirarse a ella misma. Y mientras esta queda en un estado próximo a la petrificación, Perseo la decapita, y de su cuerpo cercenado surgirá Pegaso, el caballo alado. En cuanto

[6] Ovidio, *Arte de amar. Las metamorfosis,* Barcelona, Iberia, 1969, libro cuarto, V, pág. 132.

a la terrible cabeza del monstruo, será colocada en la égida de Atenea, porque, al parecer, conservaba sus prodigiosos efectos y constituía un arma poderosa contra el enemigo.

En las artes visuales existen infinidad de obras con el tema de la cabeza de la Gorgona[7]. Anticipándose en siglos a lo que sería la poética de lo horrendo en el romanticismo negro, Caravaggio ejecutó, a manera de tondo, una Medusa sobre un escudo de madera, con serpientes airadas sobre su cabeza y la boca abierta en un alarido (1597, Galería de los Uffizi, Florencia) [**1**]. Pero tal vez la imagen más terrible de este ente fabuloso se deba al pincel de P. P. Rubens, quien la representó con unos viscosos ojos y un tumultuoso enjambre de víboras en macabra danza sobre su cabeza cercenada[8].

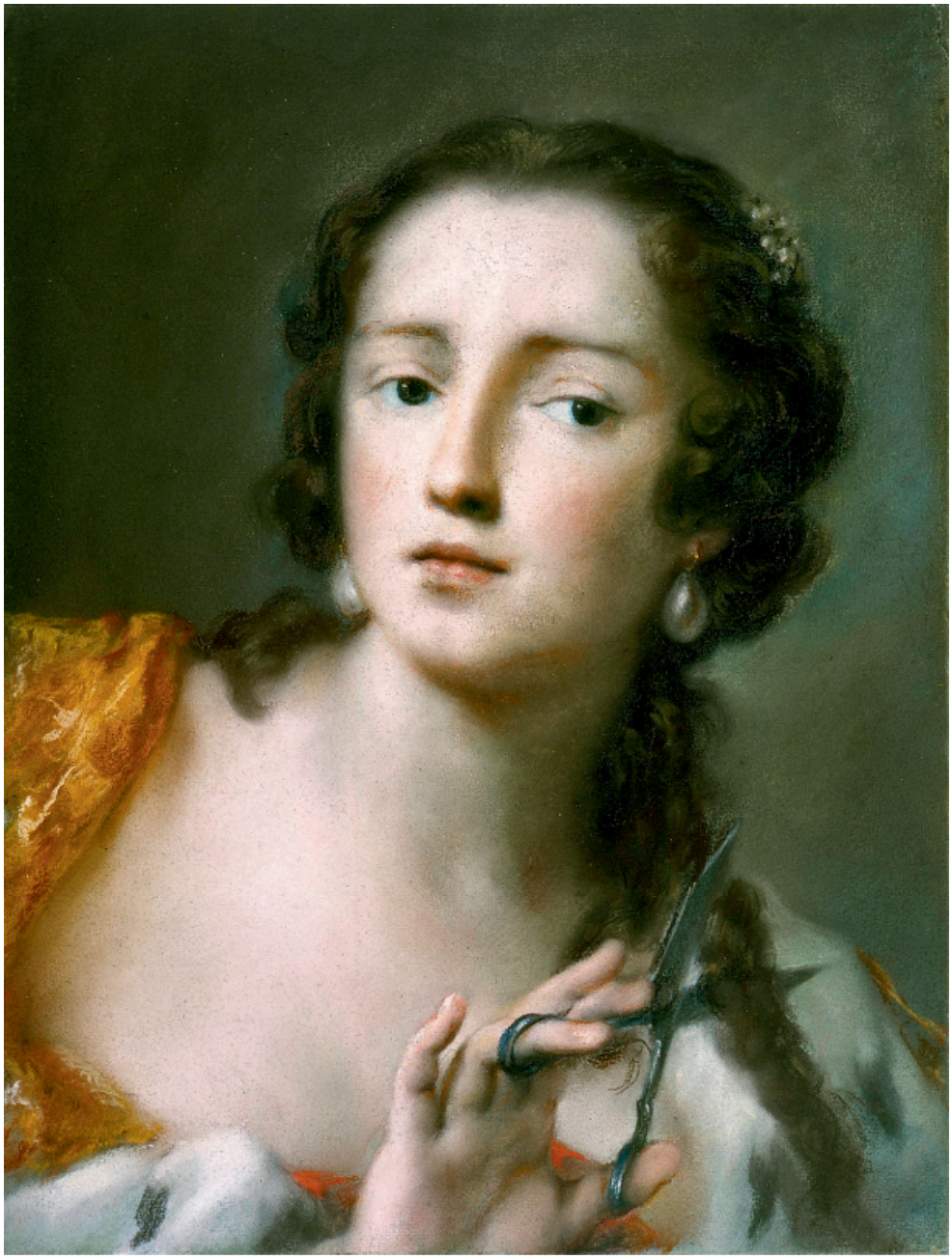
[7] E. Bornay, *Las hijas de Lilith,* Madrid, Cátedra, 2020, págs. 211-214.
[8] Véase pág. 99.

Berenice

Conocida por el peculiar nombre de *La cabellera de Berenice,* brilla en el hemisferio boreal, debajo de los Lebreles, una pequeña constelación de unas veinte estrellas. Si Berenice fue el nombre de varias princesas egipcias de la familia de los Tolomeo, la que presta el suyo a esta conjunción de cuerpos titilantes fue Berenice II (269-221 a.C.), a quien su padre, Magas, soberano de Cirene (actual Libia), unió en matrimonio con Tolomeo Evergeta, rey de Egipto. Con motivo de una expedición guerrera de este a Siria para vengar la muerte de una hermana, Berenice, que lo amaba tiernamente, hizo el voto de ir al santuario de Afrodita y ofrecerle su larga cabellera si Tolomeo regresaba a su lado sano y salvo. Al día siguiente de este sacrificio, la mata de pelo había desaparecido del templo. Según el relato de Conon, el astrónomo de la corte, la hermosa melena había ascendido al firmamento donde había formado una nueva constelación que Conon bautizó con el nombre señalado, afirmando que los dioses habían colocado los cabellos de la reina en el marco que les correspondía: el cielo.

Aunque Bernardo Strozzi (1581-1644), el más importante pintor de la escuela genovesa del *Seicento,* dedicó en general su pincel a la temática religiosa, sin duda debió de sentirse subyugado por la leyenda de esta soberana, ya que realizó varias versiones sobre el tema. La última, y tal vez la mejor de la serie, pertenece probablemente a su periodo veneciano [**2**]. En esta obra, Strozzi recrea a una sensual Berenice, de amplias carnes, con una apariencia que titubea entre las influencias de las imágenes femeninas de Veronés y las de Caravaggio. La joven, que ofrece a la

[2] Bernardo Strozzi, *Berenice, ca.* 1644, col. particular, Viena.



[3] Rosalba Carriera, *Berenice, ca.* 1741, Institute of Arts, Detroit.

contundencia de las tijeras su cobriza y larga mata de pelo, parece dirigir sus grandes ojos hacia la diosa, como esperando la aquiescencia de ella para ofrecerle su cabellera.

También con las tijeras, iniciando a modo de rito el sacrificio de su cabello, esta vez rubio, la representó con la técnica al pastel, con la que se hizo famosa, la veneciana Rosalba Carriera *(ca.* 1741, Institute of Arts, Detroit) [**3**] y, como en el cuadro anterior, nada alude en la representación de este personaje a la época en que vivió.

Por su parte, Leandro da Ponte, uno de los hijos del destacado pintor veneciano Jacopo Bassano, evoca un momento posterior de la leyenda, en el que Berenice, desprovista ya de aquel atributo de su belleza, mira hacia el firmamento, y con sus manos extendidas señala el círculo de estrellas en las que se ha metamorfoseado su larga cabellera que sería cantada por Calímaco y Catulo.